REVISTA

Abbá Padre

QUEREMOS ESCUCHAR TÚ VOZ

EDICIÓN 14

Nov. 2021

La Familia

JESUCRISTO MEDICINA VERDADERA
Pag. 18

No dar protagonismo a los demonio
Pag. 12

Reacciones frente a la muerte
Pag. 24

EDITORIAL

La Familia

Nos es una sorpresa que hoy en día, los gobiernos de los países hayan descuidado lo que es la base de la sociedad. Las familias han sido maltratadas una y otra vez por leyes que, en vez de protegerlas, van haciéndolas perder todo sentido y valor. Por ejemplo, el permitir adopción a parejas del mismo sexo, quitarles a los padres el derecho de educar a sus hijos en sus creencias y valores. Darles autoridad a los hijos por encima de los padres, promover a temprana edad la libertad sexual de los niños. Esto solo como botón de muestra y una cantidad inmensa de antivalores y inmoralidades que atacan los mas sagrado de una sociedad.

Si la familia no cumple su función natural en la sociedad, la educación queda menguada y dedicada a una mera entelequia, un cultivo de disciplinas laborales y científicas, es decir lo superficial y no, lo necesario para vivir una vida plenamente humana, en la cual aprendemos amar y ser amados.

Y si seguimos a este paso, nunca se alcanzarán las cosas por las que tanto se preocupan hoy en

día. Temas como la tolerancia, la acogida, la libertad de expresión, etc. Porque en la familia es donde se construye ciudadanos honestos, respetuosos y libres.

Ahora bien, que nos toca aportar como cristianos. Pues debemos rescatar lo que nos enseñó durante el cursillo prematrimonial. Esas 4 columnas, sobre las cuales se construirá nuestra familia.

1. Dios: Él siempre centro, nos bridará la unidad y fortaleza en los momentos difíciles.
2. Dialogo: si no hay comunicación en una familia todo es un caos. Cuantos problemas se evitarían si nos detuviéramos a escuchar.
3. Disculpas: ya el Señor nos dice que debemos perdonar hasta 70 veces 7 y que no podemos ir a su presencia si antes no hemos hecho las paces con nuestro prójimo, en efecto, el perdón debe ser el recurso normal para restablecer las relaciones familiares.
4. Detalles: Uno de los asesinos silenciosos de la familia es la indiferencia, el que nos de igual todo, los afectos y cuidados de los que nos aman, o los maltratos y rechazos. Hay que dejarse sorprender, que las muestras de cariño o intimidad no sean una costumbre, sino una experiencia siempre nueva y actual.

Si la familia se mantiene cuidando sus pilares, va siempre a dar testimonio de unidad, estabilidad, respeto, patriotismo, integridad y amor.

Edgar Fernandez
Director General
Medios Abba Padre Internacional

Abbá Padre

No. 14 - 2021

Fundador: Luis Espinal †
Director: Edgar Fernández
Colaboradores: Mons. Ramón de la Rosa y Carpio, P. Javier Luzón, P. Osman Maldonado Calderón, Selene Mota, Junior Ramírez, Ana Yuderkys Sánchez, Enrique Féliz, P. Jimmy Jan Drabczak CSMA. P. Antonio Méndez, P. Carlos Acosta, Moisés Ríos Pérez, Ariel Cespedes Vargas, Gerardo Anderson, Yordy Núñez, Tony Pichardo Lugo.
Censor: Rvdo. P. Fray Jorge Jiménez
Revisión técnica: Ana Yuderkys Sánchez
Diagramador: Ramón Mejía

CONTENIDO

El padre y yo (2)
Por Mons. Ramón de la Rosa y Carpio

¡Aspira a los bienes de Arriba!
Por María Teresa García

Dios llega a ser experiencia viva, a través de su Palabra, en el Espíritu
Por el P. Osman Maldonado Calderón

EL AMOR PROPIO ES...
Por Selene Mota

No dar protagonismo a los demonios
Por el P. Javier Luzón

EL CIELO, LA META DE NUESTROS DESEOS
Por el P. Jimmy Jan Drabczak CSMA

JESUCRISTO MEDICINA VERDADERA
Por el P. Carlos Acosta

Del Sufrimiento a la Victoria (3ra parte) "Atravesando por el Sufrimiento"
Por Tony Pichardo

Reacciones frente a la muerte
Por el P. Antonio Méndez

SEAMOS SANTOS
Por Moisés Ríos

«Levántate, que soy un hombre como tú.« Hechos 10, 26
Por Gerardo Anderson

COLECCIÓN

Abbá Padre

QUEREMOS ESCUCHAR TÚ VOZ

Manual para el Ministerio de Liberación

Luis Espinal

EL PADRE ES

Mons. Ramón de la Rosa y Carpio
Obispo

EL PADRE Y YO (II)

ROJO Y AZUL

"Cuando yo estudiaba en la Escuela de Colores, aprendí que Dios y el cielo eran azules y que su amor era rojo; que Jesucristo, Dios y Hombre, era azul, vestido de rojo.

Más tarde supe que María, su Madre, es, como su corazón, de un rojo inmaculado, arropado de divinidad azul; que los hombres y mujeres, por ser humanos, nacían todos rojos, como sus corazones y su sangre, por ser descendientes de Adán, que significa barro rojo, y Dios, después, los iba pintando de azul, haciéndolos hijos suyos y dioses como Él.

Cuando las manos fratricidas se ensucian de sangre humana, borran el azul, pero se pueden lavar en la sangre del Cordero de Dios y quedan de nuevo vestidas de azul.

El amor es rojo, pero su objetivo es azul.

El corazón enamorado de toda princesita, porque es rojo, busca un príncipe azul; y el atormentado por mil problemas, de cualquier ser humano, porque es rojo también, busca el pájaro azul.

El mar, reflejo de la inmensidad de Dios, es azul, y se hace humano, cada mañana y cada tarde, al teñirse del rojo ardiente de la aurora y del ocaso.

Vuela, vuela hacia lo alto, oh hombre, sube, sube más arriba, más arriba cada vez, oh mujer, hasta que el sol te tiña de rojo, purifique tu inconsciente y tus genes, y no te detengas hasta que alcances el infinito azul.

Cuando estudiaba, sin embargo, en la Escuela de Teología, aprendí que Dios es luz y que, por tanto, era los siete colores de la luz, descompuestos en el arco iris.

También aprendí que Jesucristo es "Luz de Luz"; que María, vestida de sol y coronada de doce lucientes estrellas, dio a luz la Luz; y que el Maestro Jesús dijo: "Ustedes son hijos del día" y "luz del mundo".

Entonces concluí: Tú y yo somos rojos y azules, humanos y divinos, luz y arco iris".

De mi libro "EL MÁS BELLO DE LOS POEMAS", págs. 83-84.

María Teresa García
Colaboradora

¡Aspira a los bienes de Arriba!

En un mundo competitivo y consumista que nos incita cada día a estar detrás de logros y triunfos es difícil encajar como cristianos, muchas veces somos objetos de críticas y vistos como mediocres simplemente porque no cedemos a los placeres del mundo o peor aún terminamos cediendo a seguirle la corriente por no quedarnos solos o por no ser rechazados.

¿La pregunta clave en todo esto sería si Dios realmente está en contra del progreso? ¿De qué luchemos por tener mejores condiciones económicas o por llegar a ser profesionales y ocupar grandes cargos? Por supuesto que no, aquí el problema está en el lugar que tengan esas prioridades en nuestras vidas. Dios nunca estará en contra de que luchemos por obtener bienes o beneficios para nuestra comodidad, la diferencia con el mundo es que mantiene la mirada fija en alcanzar solo cosas terrenas y pasajeras, porque si es bueno tener un carro, una casa, viajar, tener cuentas bancarias, vestir bien, etc. Pero todo eso es pasajero y eso no lo toma en cuenta este mundo superficial y materialista. Es por eso que la palabra de Dios siempre nos va a motivar aspirar a los bienes de arriba, los que no son pasajeros, los que nos llevan a la vida eterna, donde esta Cristo (Colosenses 3,1-5)

Como cristianos la finalidad que debemos perseguir al querer lograr o alcanzar algún beneficio o estatus aquí en la tierra debe estar orientado al servicio a los demás, a compartir a ayudar a otros, si por el contario lo que persiguen mis aspiraciones son fines egoístas, el ser reconocido u aplaudido, la vanidad entonces debo hacer una revisión dentro de mí, porque lo que debe priorizar en nuestras vidas debe estar orientando hacia lo divino, todo lo que aspire o desee aunque sea humano debe tener como meta final lo eterno, sino es así entonces tenemos que pedir la asistencia del Espíritu Santo para que ponga en nuestros corazones el anhelo de aspirar solo aquello que nos conduzca a lo eterno.

Osman Maldonado Calderón
Padre

Dios llega a ser experiencia viva, a través de su Palabra, en el Espíritu

Conocer al Espíritu Santo es una aventura de todos los días y un estar atentos a sus inspiraciones con la conciencia de que su obrar se descubre a través de su Palabra que es viva por su acción, y esto lo deja bien claro el Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM en su documento "De tu Espíritu Señor está llena toda la tierra" de donde he tomado esta reflexión que a continuación comparto

No se puede tener experiencia de Dios en la Escritura si ella no está inspirada por Él. "La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo"(DV 9). La Sagrada Escritura, de hecho, en cuanto Palabra de Dios dirigida al hombre, ofrece a éstos la posibilidad de encontrar a Dios en un diálogo vital y libre. Ahora bien, si es imposible que el revelarse de Dios en su Palabra suceda sin el Espíritu que vuelve visible lo invisible y palpable lo impalpable, es porque en la Escritura está presente un dinamismo único que, desde el Padre llega al Hijo y, desde el Hijo, alcanza a cada hombre en el Espíritu. Esto significa que la experiencia de Dios a través de su Palabra es dada por la moción del Espíritu Santo que orienta al hombre a la búsqueda de la verdad.

Esta idea es subrayada repetidas veces en el Nuevo Testamento. San Pedro, al decir que ninguna profecía de la Escritura puede ser objeto de interpretación privada, pone de relieve también cómo ninguna comprensión de Dios puede dejar de lado la acción del Espíritu Santo (cf 2- Pd 1, 20). San Pablo enseña, a su vez, que "toda la Escritura está divinamente inspirada" (2a Tm 3,16), usando la expresión técnica theopneustos (inspirado por Dios), para indicar el acto particular con el que Dios inspira la Escritura "útil para enseñar, convencer, corregir y formar para la justicia, para que el hombre de Dios sea completo y bien preparado para toda obra buena".

Ahora bien, estas funciones de la Escritura parecen reclamar la acción del Espíritu como "boca de Dios", como se expresa Simeón el Nuevo Teólogo (1022): "La boca de Dios es el Espíritu Santo y su Palabra y el Verbo es su Hijo, también Él Dios. Pero ¿por qué el Espíritu es llamado boca de Dios y el Hijo Palabra y Verbo? De la misma manera

que nuestro discurso interior sale de nuestra boca y se revela a los otros, sin que nosotros podamos pronunciarlo o manifestarlo con otro medio que no sea el de la boca, lo mismo el Hijo de Dios, si no es expresado o revelado por el Espíritu Santo, como por una boca, no puede ser conocido ni entendido" (Libro de Ética, III).

En el Espíritu la Palabra de Dios llega a ser "viva"

Sin embargo, no se trata de una inspiración que el Espíritu ejercita sólo en el momento del nacimiento de la Biblia sino también de una asistencia en la lectura misma de la Biblia. La "vivificación" de la Palabra de Dios es obra del Espíritu Santo: la Biblia se quedaría letra muerta si no se la hiciera actualmente eficaz por el Espíritu Santo. La Palabra está viva por medio del Espíritu que reposa en ella como se ha posado sobre el Hijo en el momento de su bautismo: "Todas las palabras de Dios contenidas en las Escrituras... están llenas del Espíritu Santo", afirma San Hilario de Poitiers (367/368), (Comentario sobre los Salmos, 118).

En otros términos, llega a ser realidad viva y salvífica para cada uno, sólo gracias a la acción del Espíritu que es acogido y secundado dócilmente, puesto que no se puede " entenderla sin la ayuda del Espíritu santo" (San Jerónimo, Cartas, 120) o, según Guillermo de Saint Thierry (1148), "Las Escrituras, de hecho, desean ser leídas mediante el mismo Espíritu con que han sido escritas; y mediante Él deben ser comprendidas" (Carta de oro, n. 121).

Interpretar la Escritura en el Espíritu significa interpretarla a la luz de la fe, buscando descubrir su sentido último. Esto es posible sólo si se tiene presente que Jesucristo es el principio unitario de toda la Escritura. A partir del acontecimiento de Cristo cuando la interpretación en el Espíritu se inserta en el movimiento de la Revelación y en la analogía de la fe, capaz de tender a la cohesión de las verdades reveladas (cf CEC 114).

De esta manera, el Espíritu Santo hace que la Palabra de Dios llegue a ser actualmente "Espíritu y Vida" y tenga la fuerza de interpelar y de crear comunión entre los hombres. El evangelio de Juan (6, 63) subraya cómo la acción de la Palabra y la del Espíritu se compenetran mutuamente. La Palabra se encarna (cf Jn 1,14), mientras la función del Espíritu es la de encarnar. El Espíritu es la potencia de la encarnación, de la presencia, de la verdad, de la escucha: sin Él la Palabra permanece ineficaz, inoperante, exteriorizada, inconsistente.

Al mismo tiempo, el Espíritu prepara el corazón del hombre para la escucha, lo vuelve capaz y deseoso de acoger la Palabra. En éste, el acto de fe es don del Espíritu. El hombre puede creer, saliendo de sí para confiarse a Dios, precisamente porque el Espíritu Santo es Aquel que ilumina la revelación de Dios manifestada en Jesús. El creer no es un sentimiento vago, ni sólo un deseo piadoso sino que es consentir a Dios para realizar junto al hombre la historia de la salvación. Para éste es elección razonable, sin la cual la realidad permanecería reducida al absurdo y el hombre incapaz de comprender "su altísima vocación" (GS 22).

Oración

¡Oh Espíritu Santo!
Recibe mi consagración perfecta y absoluta de todo mi ser.
Dígnate ser en adelante y en cada una de mis acciones,
Mi director, mi luz, mi fuerza.
Yo me abandono sin reserva a tus operaciones divinas
Y quiero ser siempre dócil a tus inspiraciones.
¡Oh Espíritu Santo! Transfórmame con María y en María
En Cristo Jesús, para gloria del Padre y salvación del mundo. Amén.

Selene Mota
Colaboradora

EL AMOR PROPIO ES...

Hace tiempo rompí con esa falsa creencia de que el amor propio es egoísmo cuando sí algo tiene el egoísmo es que no deja espacio para el amor. El amor es creación de Dios, el egoísmo es creación de la maldad del ser humano. También dejé de comulgar con la idea de que amarse a sí mismo era relevar a Dios del lugar que le pertenece en nuestros corazones. No hay forma alguna de que eso sea lo que signifique reconocer la dignidad y el valor que Cristo Jesús ganó para nosotras, para todos.

Cuando entendí que el amor propio no es negar, ni reducir la obra de Cristo, no es ocupar Su lugar en nuestras vidas, tampoco es ser egoístas ni vanidosas, que no es faltarle al Evangelio, que no es un pecado ni una mentira de la cultura, que no es negar nuestra cruz ni creernos más que otros pude comprender que el amor propio es... no aceptar menos de lo que Dios desea para nosotras.

Ser cristianos es algo que se ha diluido, algo que toma una forma diferente en cada quien porque aparentemente muchos quieren serlo a su manera aplicando las "verdades" del evangelio de San Yo. Pero eso no significa que los cristianos no continúen siendo aquellos que imitan a Cristo, que se niegan a sí mismos y que toman su propia cruz para seguirlo.

Con esto quiero decir que no importa el significado que queramos darle a la verdad porque ella seguirá siendo verdad, aunque el mundo la niegue.

El estándar de amar al prójimo es la manera en la que nos amamos a nosotras mismas, por lo que, con mayor razón, debemos procurar desarrollar un amor propio saludable. San Pablo en Romanos 12, 3 establece lo siguiente:

"En virtud de la gracia que me fue dada, os digo a todos y a cada uno de vosotros: no os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual."

Dignificarnos le ha costado tanto a Dios que autodespreciarnos es un absurdo y una ofensa. No se trata de amarnos por amarnos, se trata de reconocer el valor y la dignidad que Jesús nos ha dado. Autodespreciarnos es contradecir a Dios mismo, es despreciar lo que somos gracias a Él: valiosas, dignas, redimidas, amadas.

No confundamos el autodesprecio con la humildad porque ésta, a diferencia del autodesprecio, nos lleva a reconocer la obra de Dios en nosotras, la dignidad y el valor que Él nos ha dado, así como nuestra insuficiencia.

Dicho esto, quien está en Cristo, quien vive en Cristo, quien camina en el espíritu ha conectado con su verdadera esencia: se reconoce hijo de Dios, por tanto:

Si creemos que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, entonces lo vamos a amar, cuidar y aceptar.

Si creemos que el sacrificio de Jesús en la Cruz es el precio que pagó para darnos la salvación y su paz, entonces las vamos a amar, cuidar y aceptar.

Si creemos que fuimos hechas por Él y para Él, que somos valiosas ante sus ojos, que ha sido capaz de entregar hombres y naciones por nosotras, entonces nos vamos a amar, cuidar y aceptar.

En esta vida merecemos ser felices, tener bienestar, sabiendo que habrá momentos de dolor, de tristeza, de duras pruebas porque son parte de la vida misma y necesarias para alcanzar la madurez. Pero eso no significa que nos debamos resignar con lo menos, cuando Jesús ganó lo más para nosotras porque nos amó primero.

No se trata de ponernos en primer lugar dejando a un lado nuestro deber de amar al prójimo. Se trata de no dejarnos siempre de último, de lograr el equilibrio, el balance que necesitamos para estar bien y en paz porque de lo contrario nada a nuestro alrededor lo estará.

Se trata de saber que hemos nacido para amar y ser amadas, para cumplir la voluntad de Dios y Él quiere que seamos felices viviendo no a nuestra manera, pero sí conforme a su corazón.

Si la sana autoestima (amor propio) fuera egoísmo y vanidad, Pablo no le hubiese exhortado a los Romanos cultivarla de manera sana...

Hasta una próxima con el favor de Dios.

Selene Mota
Escritora, conferencista y mentora de mujeres
info@selenemota.com / @Seleneescribe

Javier Luzón
Padre

No dar protagonismo a los demonios

Uno de los principales empeños de los demonios durante las oraciones de liberación es distraer a los presentes con sus aspavientos e infundirles terror. El exorcista no debe permitir a los diablos que cobren protagonismo perturbando la oración con sus chillidos y vejaciones al paciente, distrayendo así de los que los debilitaría: la oración dirigida a Dios. Por eso, en el Nombre de Jesús y por el poder de su preciosísima Sangre, el ministro ordenado debe atarlos y amordazarlos espiritualmente cada vez que se manifiesten

Atarlos y amordazarlos con la palabra

Esta potestad espiritual para atar a los demonios tiene mucho que ver con la autoridad que Jesucristo dio a sus discípulos cuando les dijo: «En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 18, 18). Y es importante ejercerla como primera providencia a la hora de enfrentarse a los inmundos, siguiendo el consejo de Jesús: «¿Cómo podrá uno entrar en la casa de un hombre fuerte y llevarse su ajuar, si no ata primero al fuerte?» (Mt 12, 29).

Cuando se desconoce ese poder, es fácil caer en el

fisicismo, que es un error que suelen aprovechar los inmundos para acabar perturbando a los exorcistas, induciéndolos a prácticas inadecuadas. Consiste en pensar que hay que perseguir físicamente a los demonios en la parte del cuerpo del paciente en la que se estén manifestando. No hay que caer en ese error. Y tampoco hay que permitirles que forcejeen con los que acompañan al ministro. Se les ata y amordaza con el poder de la palabra del ministro de Jesucristo.

Es cierto que cada manifestación muestra qué tipo de atadura puede haber y qué tipo de demonio puede estar produciéndola. Pero su remedio ha de procurarse con el poder de la palabra del sacerdote o del diácono en el Nombre de Jesús, y no con el contacto físico, en el que —dicho sea de paso— siempre llevarían las de ganar los inmundos.

No dialogar con los inmundos

En el número de septiembre de esta revista, me referí a la importancia de no dialogar con los diablos. Pues bien, tampoco debe el exorcista conceder protagonismo a los inmundos dialogando con ellos fuera de lo que establecen los rituales.

El nuevo Ritual de 1998 no orienta demasiado a este respecto, limitándose, en el n. 14 de sus Praenotanda, a advertir sobre la condición mentirosa de los demonios: lo cual ya supone una clara advertencia respecto de que es mejor procurar orientarse no con lo que ellos manifiesten, sino pidiendo al Espíritu Santo, a la Virgen, a los santos Ángeles y a los Santos, que guíen en la oración.

El Ritual de 1614, recogiendo una larga experiencia eclesial, señala que, aun conociendo la índole manipuladora de los diablos (que llegan a hacerse pasar por el alma de un santo, un difunto o un ángel bueno), es útil –sobre todo, pienso yo, como signo de sometimiento-, obligarles en el nombre de Jesús a que digan solamente lo siguiente:

1. cuántos son;
2. sus nombres;
3. cómo han entrado;
4. cuándo han entrado; y
5. si existe algún objeto o maleficio que los retenga en ese cuerpo.

El susodicho Ritual señala que, en lo demás, el exorcista ha de mandarles callar con autoridad, obligándoles a responder sólo a lo que se le pregunta .

El P. Benito Remigio Noydens especifica la segunda pregunta con la indagación del significado de sus nombres y añade a la quinta cuestión mencionada la pregunta, en sentido contrario, sobre quiénes son los Santos que más se les oponen.

Este mismo autor agrega que ir más allá de esto resulta pernicioso e imprudente, hasta el punto de que, p.ej., dice que en su tiempo —el siglo XVII— se consideraba pecado mortal hacer preguntas que desvelaran algún defecto de tercera persona (sería difamación), o quién hizo el hechizo (pues esto favorecería el resentimiento), o tratar de aprender de los demonios cosas ocultas o futuras (constituiría un modo de adivinación), o creer firmemente las respuestas de quienes, por ser tan mentirosos, aun cuando son obligados por conjuro a decir la verdad, pueden confundir con sus restricciones mentales .

No realizar liberaciones en público

Otra forma de darles protagonismo sería hacer oraciones de liberación en público, convirtiendo la vejación extrema en espectáculo morboso que, además de aterrorizar a los presentes y atentar contra la reserva que atinadamente exige el nuevo Ritual, brindaría a los inmundos publicidad gratuita. Por respeto a su fama y para no conceder notoriedad a los diablos, las personas poseídas deben ser atendidas en privado y han de evitar acudir a celebraciones cristianas donde puedan entrar en trance.

No vivir pendientes de sus vejaciones sino de la santificación

Asimismo, en todo el proceso de liberación es importantísimo insistir a los pacientes en que eviten vivir pendientes de sus vejaciones, pues eso convertiría a los diablos en el centro existencial que sólo Dios debe ocupar. En cuanto las experimenten, que miren y acudan a Jesús, a la Virgen y al Ángel Custodio —sin conceder ni el menor protagonismo a los

agresores— con oraciones tan sencillas y tan efectivas como las siguientes:

- Por tu Sangre derramada en la Cruz, de este enemigo líbrame, Señor.
- Santa María, Madre de Dios, ruega por mí ahora para que sea liberado de este ataque.
- Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes solo, que me perdería, y líbrame de este ataque.

Y, de este modo, sucede lo que sentía san Pablo: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Cor 12, 10). Pues, si aprovechamos nuestra debilidad para ponernos en manos del Padre, Éste, por los méritos de Jesucristo, nos da a su Espíritu liberador.

El fin que el afectado ha de buscar en todo su proceso de liberación ha de ser la gloria de Dios, que, como decía san Ireneo de Lyon, es nuestra santificación ("Gloria Dei vivens homo": Adversus haereses, IV, 20, 1-7). La liberación misma ha de pretenderse como consecuencia, pero no como el objetivo principal. Y otro tanto debe procurar el propio ministro de la liberación: realizar su plegaria centrado en Dios de la mano de María.

Emplear oraciones deprecativas para combatirlos

Éste es uno de los motivos por los que —salvo el ministro ordenado, que actúa en la Persona de ese Jesús al que se invoca para la liberación— es preferible emplear las oraciones deprecativas de liberación (aquellas en que se pide a Dios que libere), evitando las imperativas, es decir, aquellas en que en el nombre de Jesús se manda a los diablos que se vayan.

La segunda razón —como veremos más adelante al tratar de las armas con que contamos para combatir a los inmundos— es la prudencia, pues los laicos pueden correr riesgos cuando se enfrentan directamente a los demonios (ver Hechos 19, 11-16). Pero el primer motivo es que hacerlo puede llevar a dar a los diablos un protagonismo nada conveniente para la espiritualidad del interesado.

Jimmy Jan Drabczak CSMA
Padre

EL CIELO, LA META DE NUESTROS DESEOS

"La muerte acaba con la vida humana como un tiempo abierto para aceptar o rechazar la gracia de Dios manifestada en Cristo", leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica. Y allí leemos a continuación: "Todo hombre en su alma inmortal recibe la paga eterna después de la muerte en un juicio particular, que consiste en relacionar su vida con Cristo y es por purificación, o abre la puerta directamente a la felicidad del cielo, o es directamente condenación eterna". San Juan de la Cruz, místico y poeta carmelita, dirá que "en la tarde de nuestra vida seremos juzgados por amor" (Cf. CCE, 1021-1022).

Y es que personas de todos los tiempos y generaciones se hacen constantemente preguntas sobre el fin de este mundo. Buscando las señales de su venida, estamos constantemente tratando de releer todo tipo de revelaciones, visiones y profecías. Sin embargo, el mundo temporal, no es toda realidad y su fin no es el fin de todo. Cuando el mundo fallezca, nos encontraremos con una realidad que es mucho más permanente, aunque ahora en gran parte nos resulta incomprensible.
Ya no significará nada si vivimos en Europa, África o en el Caribe. Al final de la vida, cada persona entrará en contacto con la realidad que llamamos máxima, Él es esta realidad. A la muerte le seguirá un juicio que decidirá nuestro destino eterno, que puede ser el cielo o el infierno. ¿Dónde vendrás a pasar la eternidad? Mientras vivimos, esperamos la conversión y la salvación. En el mes de noviembre la Iglesia, nuestra madre, nos recuerda la buena práctica de orar por los difuntos, esas almas que se someten a una purificación en el purgatorio, antes de recibir la gracia de estar en la casa del Padre en el cielo.

El objetivo final y el cumplimiento de los deseos más profundos del hombre es el cielo, el estado de máxima y final felicidad. San Pablo escribe a los Corintios: Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo comprender, qué grandes

cosas ha preparado Dios para los que lo aman. En el juicio final, aquellos que mueran en gracia y amistad con Dios y estén perfectamente limpios irán al cielo. Viven en Dios, lo ven como es. Jesucristo nos abrió el cielo con su muerte y resurrección. Vivir en el cielo es estar con Cristo. Los elegidos viven en él y encuentran allí su verdadera identidad.

¿Qué es el purgatorio? Aquellos que mueren en gracia y amistad con Dios, pero aún no están completamente limpios, aunque ya están seguros de la salvación eterna, se purifican después de la muerte para obtener la santidad necesaria para entrar en los gozos del cielo. El purgatorio es la limpieza final de los elegidos, que es algo completamente diferente al castigo de los condenados. Dicha doctrina se formuló en la Iglesia principalmente en el Concilio de Florencia y en el Concilio de Trento. La tradición de la Iglesia, basada en algunos textos de las Sagradas Escrituras, habla de un fuego purificador.

Desde el principio, la Iglesia honra la memoria de los muertos y les ofrece ayudas, y en particular el sacrificio eucarístico, para que después de la purificación, pudieran tener una visión gozosa de Dios, Por eso, recomienda las indulgencias y las obras de penitencia y misericordia por los difuntos. Pero, ¿existe el infierno? El infierno es un estado de autoexclusión final de la unión con Dios y los santos. Esto sucede cuando una persona muere en pecado mortal sin arrepentirse ni aceptar el amor misericordioso de Dios. Las enseñanzas de Jesús y la Iglesia confirman la existencia del infierno y su eternidad.

Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal, inmediatamente después de la muerte, van al infierno, donde sufren tormentos y fuego eterno. El Señor Jesús habló a menudo sobre la prueba del fuego inextinguible, destinada a aquellos que, hasta el final de sus vidas, rechazan la fe y la conversión. El principal castigo del infierno es la separación eterna de Dios. Sólo en Dios puede el hombre tener la vida y la felicidad para las que fue creado.

En el diario de la hermana santa Faustina encontramos el siguiente fragmento: Yo, Hermana Faustina, por orden de Dios, estuve en el abismo del infierno para poder hablar a las almas y testificar que el infierno existe. De qué es ahora, no puedo hablar; tengo una orden de Dios para dejarlo por escrito. Satanás me odiaba mucho, pero por mandato de Dios tenía que obedecerme. Lo que escribo es una tenue sombra de las cosas que he visto.

Una cosa que noté es que la mayoría de las almas que están ahí no creían que existiera el infierno. Cuando volví en mí misma y pude salvarme del horror de lo terrible que sufren las almas allí, rezo aún más fervientemente por la conversión de los pecadores e invoco constantemente la misericordia de Dios por ellos. Oh Jesús mío, prefiero hasta el fin del mundo seguir muriendo en torturas, que ofenderte con el menor pecado.
El mes de noviembre en la Iglesia Católica está iluminado de manera especial por el misterio de la comunión de los santos, que se refiere a la unidad y ayuda mutua que los cristianos podemos brindarnos unos a otros. Nosotros que todavía estamos en la tierra, los que ya estamos llenos de cielo, nos limpiamos de las huellas del purgatorio y los que están detrás de nosotros se presentarán ante la Santísima Trinidad.

Finalmente, hasta que el Señor venga en su majestad y todos los ángeles con él, algunos de sus discípulos estarán en peregrinación por la tierra, otros habiendo terminado su vida se dedican a la purificación hasta que puedan ver claramente a Dios mismo, Uno y Trino. Pero, todos estamos unidos en diferentes grados y de diferentes maneras en el mismo amor a Dios y al prójimo, y cantamos el mismo himno de alabanza a nuestro Dios.

Carlos Daniel Acosta
Padre, Asesor RCC Argentina

JESUCRISTO MEDICINA VERDADERA

Bien sabemos que el hombre es una unidad cuerpo y alma, lo que se vive en el alma o lo que se padece en ella se expresa en el cuerpo. Los profetas saben leer en los signos del mundo lo que Dios escribe, hay una enfermedad profunda en el ser humano "constituirse en dioses" que el modernismo, las corrientes filosóficas, las nuevas corrientes de pensamiento alientan en un humanismo exagerado, quieren empoderar al hombre, es mejor que la humanidad no piense en Dios, así es más fácil de dominar. Lamentablemente muchas de estas ideas agazapadamente se van infiltrando en nuestros hermanos, en la Iglesia.

Todos los campos de la vida cristiana quedan estériles cuando falla la fe en la gracia de Dios y la fe en la libertad del hombre. Es evidente:

La ascética se debilita totalmente cuando se duda de la fuerza de la gracia divina, e igualmente –y en esto nos fijamos más ahora– cuando el hombre duda de su propia libertad. El cristiano entonces padece sus pecados, pero en el fondo no se siente responsable de ellos, y menos aún intenta la conversión de vida, pues no

creyendo en la gracia ni en la libertad, se experimenta a sí mismo como irremediable, al menos en tanto no cambien las estructuras que lo condicionan negativamente o las condiciones en que personalmente está viviendo. En fin, no intenta la conversión porque no la cree posible, ni tampoco necesaria, y menos urgente. Del adulterio, por ejemplo, se dirá que ha creado una situación irreversible, a la que se debe la misma fidelidad que al «primer matrimonio» –como si «el segundo» lo fuera–. Cuando se pierde la fe en Dios, se pierde la confianza en uno mismo. San Pablo bien lo dice "Todo lo puedo en aquel que me conforta". Todo lo podemos si dejamos actuar la gracia en nosotros. En esta frase del Apóstol vemos dos cosas la libertad del hombre, que le dice si a Dios y la gracia de Dios que le dice sí al hombre. Las distintas ideologías dicen en sus discursos que la Iglesia impone, dogmatiza, le quita a la persona el derecho a elegir, pero vemos como con estas formas de pensamiento se va en caída libre al reduccionismo que está ampliamente difundido en todos los ámbitos. La persona es reducida a sus genes o a sus neuronas, el amor se reduce a química, la familia se reduce a un acuerdo, los derechos se reducen a deseos, la democracia se reduce a procedimiento, la religión se reduce a mito, la procreación se reduce a producción en laboratorio, el saber se reduce a ciencia y la ciencia se reduce a experimento, los valores morales se reducen a decisiones, las culturas se reducen a opiniones, la verdad se reduce a sensación, la veracidad se reduce a autenticidad, es decir, a coherencia con la propia autoafirmación.

La acción apostólica, las misiones, en esta perspectiva, no se atreven a intentar la conversión de los hombres –lo que exigiría una fe descomunal en la gracia y la libertad–, y derivan hacia el diálogo interreligioso (muchas veces ni eso), las acciones benéficas y el empeño por mejorar las estructuras seculares. Pero disminuyen o

desaparecen las vocaciones apostólicas, sacerdotales, religiosas, misioneras, cuya actividad peculiar se dirige inmediatamente al hombre, a su libertad personal, para que ésta supere con la gracia de Cristo todos los condicionamientos estructurales negativos, y salga del mundo para vivir en el Reino, sin esperar a que esas situaciones sean superadas.

La pedagogía familiar, escolar, pastoral, académica, sufre la tentación inevitable del permisivismo, pues la exhortación (positiva) y, más aún, la corrección (negativa), sólo son posibles si está fuerte la fe en la libertad y en la gracia.

El derecho penal no castiga en el hombre la culpa, en nombre de la justicia, sino que sólo pretende ejercitar la necesaria defensa social. Ya Dostoyevsky lamentaba en 1879 que en buena parte de Occidente el castigo penal había perdido su dimensión de expiación moral: «El criminal extranjero, según dicen, rara vez se arrepiente, porque hasta los mismos intelectuales contemporáneos lo confirman en la idea de que el crimen no es tal crimen, sino tan sólo la protesta contra la fuerza [social] que injustamente le oprime. La sociedad lo aparta de sí, de un modo totalmente mecánico, triunfando de él por la violencia» (Los hermanos Karamásoui I,II, cp.5).

Las leyes no intentan configurar y enderezar las costumbres, esforzando las libertades de los ciudadanos para su propio bien y el bien común, sino que se adaptan a lo que hace la mayoría de los hombres, legalizando así –positivismo jurídico– «lo que está en la calle». No se admiten tensiones entre la ley y la conducta colectiva mayoritaria, al menos en ciertos campos de la vida social.

Las opciones libres definitivas e irreversibles –matrimonio indisoluble, votos perpetuos, sacerdocio para siempre–,

fundamentadas en una decisión de la libertad personal, que permanece fiel a sí misma con la ayuda de la gracia sobrenatural, se consideran imposibles y nefastas: son encadenamientos intolerables. No se le puede exigir al hombre que mantenga a fuerza de voluntad-libertad una decisión tomada hace tiempo. (Excepción: este principio no vale en el mundo moderno cuando se aplica a cuestiones económicas: mantenimiento de contratos, pago de deudas, etc. En esos campos se procede como si el hombre fuera libre, y por tanto obligado a cumplir responsablemente sus obligaciones libremente contraídas).

El cielo y el infierno, en fin, desde esta misma perspectiva, entendidos como premio o castigo de conductas humanas libres, resultan simplemente inconcebibles. Creer que los actos humanos, por muchos que sean en una vida, pero siendo siempre tan infinitamente condicionados y contingentes, vayan a tener una repercusión eterna de premio o de castigo, exige el reconocimiento indudable de la existencia de la libertad humana. Si se duda de esa libertad o se niega, cielo e infierno desparecen sistemáticamente de la predicación cristiana, y ésta se alejará así indeciblemente de la predicación de Cristo, tal como aparece en el evangelio.

Hoy el Evangelio se predica muy muy poco. Se debe volver hablar con claridad sobre los novísimos, vida, muerte, juicio, destino final; sobre la vida de la gracia, volver a la sana doctrina para no caer en el error. No tengamos miedo de predicar el Evangelio de Cristo, no tengamos miedo de ir con la verdad de la palabra como espada de doble filo.

Tenemos la cura para el mal de este mundo Jesucristo camino, verdad y vida, en él y solo en él todos los pueblos tendrán la verdadera salud.

Tony Pichardo
Colaborador

DEL SUFRIMIENTO A LA VICTORIA (3RA PARTE) LA VICTORIA

Amados hermanos:

Hoy arribamos a la tercera parte de esta serie titulada "Del sufrimiento a la Victoria "
En la primera entrega veíamos cuál es el propósito del Sufrimiento, lo cual no es más que una oportunidad para ver la obra de Dios en nuestras vidas, Luego tocábamos. El proceso del Sufrimiento, allí meditábamos la manera de abordar el mismo y concluimos en qué debe hacerse con Esperanza.

Ahora nos enfocamos en la Victoria, la cual debe constituir la meta final para nuestros procesos de sufrimientos, Profundizamos sobre el capítulo 11 según San Juan, encontramos las etapas que nos llevan a una Victoria contundente. Para esto meditamos en lo versículos del 34 hasta el 44. Allí leemos

"Y pregunto, dónde lo han puesto, le contestaron señor, ven a ver. Y Jesús lloró.

Los judíos decían "miren como lo amaba", pero algunos dijeron. "Si pudo abrir los ojos al ciego

no podría haber hecho algo para que éste no muriera."

Jesús conmovido de nuevo en su interior se acercó al sepulcro, era una cueva cerrada con una piedra. Jesús ordenó, quiten la piedra, Marta hermana del muerto, le dijo, "señor ya tiene mal olor, pues lleva cuatro días". Jesús le respondió, "no te dicho que si crees verás la gloria de Dios" y quitaron la piedra.

Luego Jesús levantó los ojos hacia el cielo y exclamó. Te doy gracias padre porque siempre me escuchas. Al decir esto gritó con voz fuerte, Lázaro sal fuera. Y salió el muerto.

Vista la historia anterior. El versículo 34 nos revela el primer punto para la victoria, es llevar a Jesús al lugar de nuestra zona de dolor, donde está la situación, donde se encuentra nuestro problema. Un segundo punto qué es revelado en el versículo 39, "quiten la piedra", es decir quitar de en medio de nosotros aquellas cosas que nos separan de la presencia de Dios punto y aparte versículo 40 aquí vemos el tercer aspecto para la victoria. La fe, Pues es ésta el arma principal en nuestra lucha contra las adversidades, para ver la gloria de Dios es necesario creer con todo el corazón con todo todas nuestras fuerzas.

Finalmente la oración, Expresada en el versículo 41 cuándo Jesús levantando la mirada hacia el cielo , uniéndola a la acción de gracias, nos hace recordar sus propias palabras expresada en el evangelio según San Marcos capítulo 11 versículo 24 dónde nos recuerda "todo lo que pidan en la oración crean que ya lo han recibido y lo obtendrán"

Hermanos La vida nos presentará innumerables eventos adversos, hambre, peligros, tribulaciones, enfermedades, persecuciones etc. Es cuando nos aferramos a la palabra que nos anima a proclamar cómo lo hizo San Pablo, "De todo saldremos Victoriosos, por medio de aquel que nos amó. (ROM. 8:37)

Dios les Bendiga.

Antonio Méndez
Padre

REACCIONES FRENTE A LA MUERTE

Las actitudes frente a la muerte son diversas, pues no todos los hombres reaccionan de la misma manera ante un hecho. Estas reacciones son por lo regular temor, angustia, indiferencia, rabia, deseos de morir, desviación de la atención y como lo esperado.

Temor. El temor a la muerte es muy regular ante los seres humanos, ya que, aunque no se siente la muerte en nuestro ser, pero sabemos que ella nos tocará en cualquier momento. Por tanto, nos dice Sciacca: "temo a la muerte porque no sé lo que será y deseo un emplazamiento; si pudiera saber algo más después, su misterio me aterrorizaría menos (M. F. Sciacca, Muerte en Inmortalidad, Editorial Luis Miracle, Barcelona1962. 168-169) Por ello, en todo caso, tiene un sentido de misterio y con este, de preocupación intensa

El verdadero temor a la muerte es auténticamente humano, es el temor de la justicia de Dios. La verdadera tragedia de la muerte no nace de que se agota nuestra vida en el tiempo, sino de la conciencia de que se tendrá un encuentro algo impredecible (Sciacca 122). Aunque no se puede calcular cuando sucederá, pero si podemos estar prevenidos y disminuir el temor.

Solo en el momento de la muerte el hombre tiene verdadera conciencia de la miseria irreparable o de la dignidad suprema que se le reserva la inmortalidad, exponiéndole al juicio definitivo.

Angustia. Al hombre frente a ese temor a la muerte, le embarga una terrible angustia. Esto le sucede, sobre todo, aquellas personas que ni moral ni religiosamente se portan bien ante la vida.

La muerte en todo momento acecha y pone en peligro la existencia, más aún, lleva a cabo su obra demoledora simultáneamente a la vida, por lo que

engendra esa sensación de angustia (M soler Pala, Existencialismo y Esperanza en la teología de la Muerte, Editorial PS, Madrid, 1972, 13)

La muerte es irrazonablemente angustiosa y desesperada para los que se apegan a la vida, y creyendo no haberla agotado piensan que todavía pueden con esto o aquello importante y mendigan su tiempo (MF Sciacca 121). Pero, en consecuencia, un enfermo gravísimo puede desinteresarse de la muerte, un hombre sano puede preocuparse por ella y vivir en el problema con toda su angustia (Sciacca 14). Esto sucede depende del grado de conciencia en el que se esté.

Rabia. Observamos en un velatorio a personas que expresan su impotencia ante la muerte de su ser querido y llenos de rabia gritando dicen: ¿por te moriste? Dando golpes. Las personas sin fe y sin esperanza en el Señor, cuando saben que te cerca su muerte, se llenan de rabia. He podido asistir algunos enfermos con este dilema.

Deseos de morir. Existen hombres y mujeres, que por situaciones que se le presentan aparentemente no tiene salida y escogen el camino más fácil para resolver. Hay personas tan débiles y de fragilidad mental que piensan en la muerte hasta por una novia o novio que puso fin a su relación. Los sin fe y esperanza en el Señor Jesucristo buscan soluciones rápidas, pero al pasar por la muerte se darán cuenta que lo que hicieron fue desastroso para sus almas, esto mirándolo desde los Las Sagradas Escrituras.

Indiferencia. Existen los seres humanos que no se preocupan si van a morir o no; solo saben que viven. En los barrios, por nuestras calles circulan individuos que, están el mundo para que haya más gentes, que no solo son indiferentes a la muerte, sino también a su familia, sus vecinos, sus hermanos, etc.

Desviación de la atención. Desde la visión metafísica, se piensa como se no tuvieran que morir nunca, porque, de todos modos, el pensamiento es eterno. Así con referencia a la tesis idealista: "mueren los yo, pero el Yo es inmortal". En cambio, la muerte se refiere los pensantes, no al pensamiento que piensan ellos, muere el yo empírico, pero Yo eterno adquiere conciencia de sí mismo en el otro yo hasta el infinito (M.F. Sciacca 16)

Estas son informaciones erróneas, pues el pensar en la muerte, nada cambia según afirman ellos y por eso no piensan. Pero, por el contrario, cambia todo según se piense pensando que hay que morir o pensando como si ello no tuviera que suceder (M. F. Sciacca 18) pues si se piensa que hay que morir, se le daría un sentido a la vida, haciendo las cosas que le dan sentido a su muy corta existencia que tenemos, porque mirando los años de un hombre con la eternidad, es muy mínima el tiempo en la tierra por más años que dure.

Como lo Esperado

Según nos dice San Pablo, "pues para mí, el vivir es Cristo y el morir una ganancia (Fil 1,21) POR consiguiente, para los cristianos muy entregados, la muerte es bienvenida, pues saben que es un tránsito a la vida definitiva. El mismo San Francisco de Asís, la llamaba la hermana muerte.

Moisés Ríos
Colaborador

SEAMOS SANTOS

Como creyentes que somos, tenemos la Certeza de que, antes que todo, existía Dios. La ciencia puede argumentar que, antes que todo no existía nada. Sin embargo, ni la ciencia podría sostener ese argumento, de forma científica, pues no existen pruebas empíricas ¡alguna!, que puede sostener esa primicia. Académicamente lo más responsable sería reconocer que, no existe registro alguno antes de 13.7 billones de años. Hace 13.7 billones de años atrás, dio el comienzo de nuestro universo, comenzó con un estallido. No había vida inanimada ni animada, solo gases. Hace 4.5 billones de años nació nuestro sistema solar, uno de billones de sistemas. Hasta aquí, todo lo existente no tenía vida, minerales y gases son inanimados.

Pero no fue hasta hace 3.8 billones de años que nació vida. Vida vegetal, vida animal y nosotros, la obra maestra de nuestro creador. Sin embargo, antes de todo este proceso la fuente de la vida misma ya existía, ¡Dios! Dios no tiene vida, Él es la vida. De la misma manera que Dios no tiene amor, pues Él es el amor. Dios no llega a existir, Él es la existencia, pues Él no tiene ni principio ni fin Él es eterno y todo nace de Él. Cuando digo de Él, es desde su mismo SER, la Trinidad Inmanente, el Dios increado, eterno e inconocible.

Por tanto, el creador y arquitecto "de todo lo visible y lo invisible", en su infinita misericordia, toma la iniciativa de revelarse. La fuente del amor, el amor mismo no puede contener en sí tanto amor, aun después de haber compartido interiormente en su ser de forma Trinitaria, ahora quiere compartir ese amor con su creación. Es por lo que ordena ¡organiza! Todo un universo para dar paso a su obra maestra, lo más hermoso y bello de su creación, ¡a nosotros! Ese proceso de revelación sufre unas etapas, pues desde la creación que nos habla de Dios y las experiencias de vida de los profetas

y ahora Dios se nos revela de forma plena en la persona de Jesús, quien a su vez ES DIOS. Pero ahora no de forma inmanente sin económica, Trinidad económica, el Dios que se relaciona con lo creado, nosotros. Sin embargo, con nosotros, por medio de Jesús, esa relación se convierte en una aún más íntima. Pues somos tomados, en Jesús, ya no tan solo como la obra maestra en la creación de Dios, sino que también, somos investidos de su propia condición convirtiéndonos en sus hijos. Como carismática me tengo que sacar un ialeluya! Es de esta forma que tenemos participación en su divinidad. Hemos recibido su Gracia.

Nos dice la palabra en el evangelio según san Juan: "Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu (Juan 3,6)." Solo mediante este proceso de transformación de creatura a hijos de Dios, de una vida humana por haber sido engendrados por padres biológicos, a una vida en el Espíritu por medio del sacramento del bautismo que, nos engendra a la vida sobre natural, a la vida en el espíritu que, a su vez nos convierte en hijos de Dios y herederos suyos. Somos partícipes de su divinidad. No es de extrañarnos, este ha sido el deseo de Dios, desde la eternidad. Él lo reveló casi ochocientos años, antes de la llegada de Jesús de Nazareth: "Yo había dicho: ¡Vosotros, dioses sois, todos vosotros, hijos del Altísimo! (Salmo 82, 6)."

Así como en la Santísima Trinidad, existe en si mismo en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ahora, por medio de nuestro bautismo sacramental, estamos invitados, llamados a permanecer en unidad a Jesús quien, a su vez permanece en nosotros (Juan 17, 21-23). Esta unidad querida y deseada por Dios, en la persona de Jesús en nosotros, por medio de nuestro bautismo; es expresada por Jesús en distintas formas. Por ejemplo; "Yo soy la vid... permaneced en mí como yo permanezco en ustedes (Juan 15, 1-5)."

Esta divinización no se puede ni debe tomar como propia, no es por nuestros méritos tampoco es por nuestra propia fuerza y/o energía, como el mundo nos lo quiere hacer entender. Antes que todo es una gracia inmerecida, pero la tenemos por los méritos de Jesús y se da gracias a la persona del Espíritu Santo que, recibimos en nuestro bautismo sacramental, es gracias a ese sacramento que podemos experimentar la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros (Romanos 8,6), somos su imagen, en Él tenemos vida nueva convirtiéndonos en hijos suyos, hermanos de Cristo llamados a ser santos como Él. Se le adjudica a San Agustín la siguiente frase: "Ama y haz lo que quieras".

Hay quienes le añaden Ama a Dios, sea cual sea la forma, lo cierto es, que cuando nacemos a la vida nueva del Espíritu Santo y se intenta vivirla todos los días, se busca la santidad. Dentro de las opciones de vida como vocación (celibato, sacerdocio, Matrimonio) la primera vocación ha de ser, el ser santos. Después, cuando haya escogido mi vocación secundaria, por ejemplo; el matrimonio, pues desde la vocación del matrimonio lucharé por vivir en santidad.

Gerardo Anderson
Colaborador

«LEVÁNTATE, QUE SOY UN HOMBRE COMO TÚ.« HECHOS 10, 26

Son muchas las veces que cuando vemos a una persona que ha tenido algún tipo de trascendencia en algún área de su vida como lo es: el área artística, financiera, negocios, ascensos en el trabajo, logros ministeriales y en general, asumimos que esa persona es diferente a nosotros y que ha nacido con algún llamado especial que nos distancia de ella.

Pensamos que Dios tiene preferidos en la tierra, y que la mayoria de nosotros hemos nacido siendo un punto negro e insignicante en el universo; siendo parte de un conglomerado o del monton, o con una participacion pasiva del guion que ha sido prediseñado y elaborado para beneficiar a unos pocos.

Cuando analizamos el texto bíblico podemos advertir a un Pedro que inmediatamente percibe a Cornelio como el que le quiere rendir homenaje, aclara que no hay nada fuera de lo normal en él, y cita: «Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea.» Hechos 10:34

El apóstol da una clave puntual de un ejercicio específico que cuando el ser humano lo lleva a cabo, entra en contacto con una realidad divina que lo capacita para lo nuevo.

3 elementos especificos:

1- Dios no hace distinciones: Dios busca receptividad. La realidad de su presencia es total. Su invitación a manifestar su gloria es permanente. Las distracciones nos desayudan a la hora de percibir su llamada, sin embargo, él siempre toca a la puerta, su poder entrará en acción cuando seamos capaces de escuchar su llamada y responder. Esto incluye a todos, nadie para Él es mejor que nadie, simplemente hay personas que aplican el principio de la apertura y se distingue de forma inmediata el trabajo de Dios en ellos.

2- Acepta al que lo teme y practica la justicia: La expresión bíblica temerle a Dios siempre está en tema de debate. Se malinterpreta el término porque está asociado con el miedo.

El término temer en la biblia está vinculado al amor, a la sumisión y al respeto. El amor lleva a la entrega, a la fidelidad, al encuentro permanente. Por lo

tanto, una persona que ama a Dios, tiene todo tipo de posibilidades de crecer en la fe, expandir su consciencia y maravillarse del poder de Dios que actúa en su vida.

El amor de Dios, nos compromete a un movimiento permanente hacia actitudes y acciones coherentes con lo que profesamos. La práctica alineada y constante de sus mandatos son la evidencia de que lo conocemos y hemos hecho una elección madura por su presencia.

3- Sea de la nación que sea: Esto es un absolutismo. No importa quien seas y de donde vengas, la religión que practiques, las realidades que hayas vivido, el pasado oscuro que te persiga. Tienes la oportunidad de experimentar el poder de Dios y ser testigo ocular y personal de todo lo que puede realizar en tu vida. No hay límites, parámetros o barreras. El accede a ti en tus diferentes circunstancias y acciona en tu favor.

Vemos que cuando Pedro proclama estas palabras suceden varias cosas:

1- Desciende como un don el Espíritu Santo: Inunda con su gracia todo el lugar. Dice la palabra: que aún no había terminado de hablar cuando descendió el Espíritu Santo. Quiere decir que hay códigos que desatan el poder y la fuerza del Espíritu Santo. Palabras y acciones que originan el mover de la gloria de Dios de inmediato, estimulando la entrega de sus hijos. Pedro sabía que si reconocía y proclamaba públicamente el poder que venía de la presencia de Dios, Dios se involucra en este acontecimiento, demostrando su reinado el imperio que provoca entrega, conversión y sanación en las vidas presentes en el lugar.

2- El Espíritu desciende sobre todos los que escuchaban: Quiere decir, que Dios tiene un campo de acción que él puede seleccionar. A él no le interesa forzar a nadie o ser entrometido en la vida de alguien que le sea indiferente. Dios llega hasta tocar la puerta e invitar a cenar, pero su accionar puede ser limitado por la ignorancia o la negativa del ser humano. Tu quieres ser parte de los que escuchan las palabras de gracia que tienen alcance inmediato en tu vida, provocando inquietudes espirituales para nuevas realidades.

3- Los que escuchaban se sorprendieron: Es interesante cómo el Espíritu Santo cuando invade nuestras vidas, por la escucha activa de la palabra de Dios, logra crear un clima de sorpresividad. Provoca una moción interior capaz de alegrarnos el día, de transformar nuestra existencia. La sorpresa de Dios en nosotros suscita fe y activando nuestros sentidos naturales al movimiento sobrenatural directo de Dios.

4- Los bautizan: Los apóstoles eran hombres que aprovechaban toda ocasión para dejar afianzado el compromiso cristiano. Tenían la capacidad de sellar los momentos importantes de evangelización con la respuesta más importante, el bautismo, haciéndote un hijo reconocido de Dios.
A modo de resumen vemos que la vida de nosotros los creyentes está rodeada de retos que debemos reconocer para obtener una vida espiritual más sana.

A) Que dentro de tu vida de crecimiento puedas abrirte a Dios que no hace distinciones y que tanto a ti como a los demás posibilita todo tipo de oportunidades para que se manifieste su poder.
Así que suelta tus paradigmas, déjalos a un lado y entrégate por completo.

B) Hay bendiciones innumerables al dejarse amar por Dios y amarlo, que nos llevan a la justicia y acciones que alinean nuestras vidas para propósitos aún mayores.
Ábrete a su amor y amalo con todo el corazón despierta en ti un nuevo compromiso que lo evidencie.

C) Sea de la nación y la realidad que seas, hay bendición para ti, y sin importar tu pasado Dios quiere hacer nuevas todas las cosas en ti.
Lo viejo en tu vida, solo es de aprendizaje. El Espíritu Santo va diseñando y entretejiendo una nueva vida en ti, ya no eres extranjero sino un conciudadano de la soberanía de Dios.

D) El don del Espíritu Santo desciende con actitudes y palabras en el ambiente que le autorizan que se introduzca en nosotros. Aprende de sus códigos, interactúa con él, vinculate a El y que se note su influencia en ti.

E) Escucha y maravillate de sus logros en ti, de los testimonios que genera en ti. Que tu vida cristiana sea un asombro permanente de sus prodigios en todas tus dimensiones.

JUBILEO DE ORO

50 AÑOS

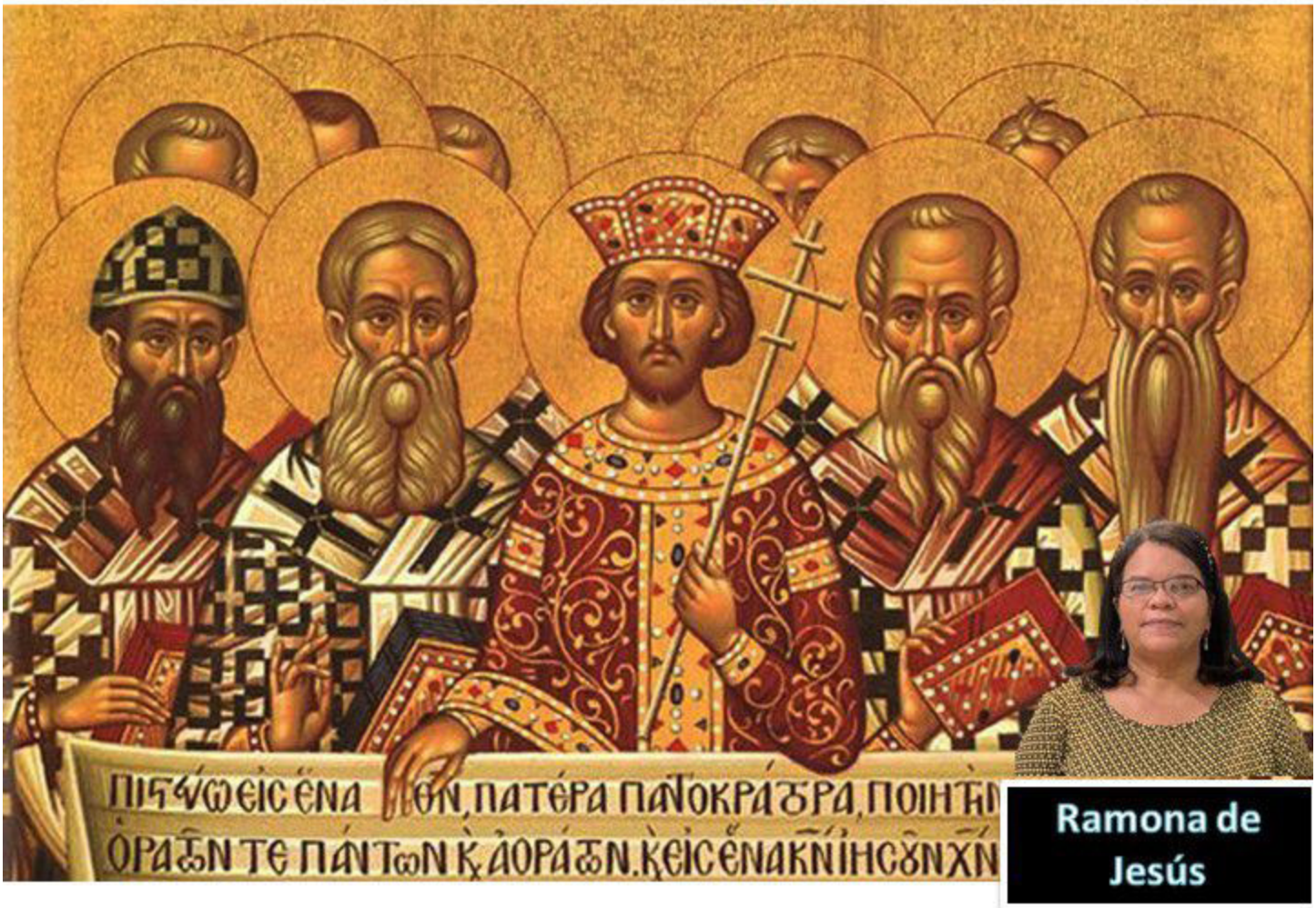
RCCD

RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA DOMINICANA

SERVICIO NACIONAL DE COMUNIÓN

Taller:

Patrología



Martes 16 noviembre 2021

zoom

8:00 pm

LIVE

ID: 682 2663 7845

Toca la imagen para inscribirte

Abbā Padre